

1. DÍAS DE ORO

Si echo la mirada atrás a los ochenta años que he vivido, me asombro sobre todo de la franqueza del patrón. Todo lo que soy, o hago, casi todo lo que me ha sucedido, parece remitirse a mis orígenes con la simple transparencia de una prueba geométrica. Es una sensación curiosa, incluso ligeramente desconcertante, la de estar cumpliendo lo que parece ser un destino. Me quejo de que la iniciativa no sea una ilusión, de que incluso uno pueda tener influencia sobre algunos acontecimientos, pero estas quejas son, seguramente, inaceptables. El compositor siente trabajosamente su camino a través de las notas de su sinfonía, hasta el último y triunfante compás, sólo para terminar descubriendo que la elección y secuencia de las mismas no era otra que ir inevitablemente una detrás de la otra. La inevitabilidad no le priva del logro, ya que una visión retrospectiva descartaría cualquier otra nota. Sin embargo es el compositor, y sólo él, quién puede engendrarlas. Y lo mismo ha sucedido con mi vida. Una vez que he hecho el camino, la carretera me parece despejada, pero la presciencia no dejaba adivinarla, de modo que me siento al menos responsable de los giros que ha dado.

No puedo, obviamente, ser el único responsable del transcurso mi vida. Por un lado, un “leitmotiv” de la historia de mi vida ha sido la feliz casualidad, que me pide que la obediencia sea mi más enérgica fuerza de voluntad (a pesar de que la obediencia generalmente me ha supuesto un considerable gasto de energía). Por otro lado, me veo a mí mismo como el vástago del pasado. La mayor parte de mi designio vital ya había sido diseñado antes de mi nacimiento, y a veces siento que he llevado a su consumación no sólo mis propios anhelos sino también aquellos de mis padres, incluso a costa de ellos.

Pensando en el bien de sus hijos, el destino no podría haber juntado a dos seres humanos más diferentes que mi padre y mi madre. Se puede explicar rápidamente qué tenían en común: los dos habían nacido en Rusia, eran judíos, habían emigrado a Palestina de jóvenes y viajado desde allí a los Estados Unidos. Físicamente, los dos eran menudos, rubios y atractivos. Además, ambos eran, y mi madre todavía lo es a día de hoy, metódicos, románticos, apasionados, personas de principios, sacrificados y enérgicos.

Sin embargo, en cada uno de los elementos de esta letanía mis padres encontraron un lugar para la antítesis. El método de mi padre le hizo ser un matemático, una persona que mantenía sus archivos metódicamente ordenados, que respondía las cartas con celeridad, que liquidaba sus cuentas. El método materno se basaba en el largo plazo, se fijaba un objetivo y progresaba inexorablemente hacia él, demoliendo los obstáculos a medida que iban apareciendo y dejando atrás los detalles más monótonos. Era y aún es una romántica en su abandono a la acción, tal como él lo era a los sueños. La emoción de mi padre era espontánea y exuberante, un peligro constante para la pulcritud de sus archivos y categorías. La de mi madre está bajo un control severo, mostrándose sólo cuando ella lo decide, pero suficientemente intensa como para inmolarse en una caldera ardiente si lo requiriese un amigo o un principio. Allí donde mi padre era cauto, mi madre es temeraria. Allí donde él precisaba avivar su entusiasmo con un impulso externo, ya fuese de aprobación o condena, de héroe o villano, ella saca las fuerzas de sí misma o de sus orígenes, lo que viene a ser lo mismo para mi madre. Los principios de mi padre estaban abundantemente envueltos en humanidad y también en preocupación por el futuro. Los de ella ignoran la multitud anónima y colman de amor a la persona individual además de honrar el pasado. Ella se identifica de buena gana con nómadas cautivos o con cualquiera cuyo destino solitario le conduzca al martirio o a la grandeza más allá de las confortables normas de la sociedad. Si podemos decir que mi padre

idolatraba en su juventud a Eugene Debs, dudo que mi madre fuese tan pródiga en su admiración por alguien que no fuese un Tamerlane o Savonarola, una Judith o una Catalina de Rusia. Superficialmente, él no podía haber sido más gregario, y ella menos; ambos se encontraron en los extremos a los que les habían transportado sus naturalezas. Las circunstancias de sus tempranas vidas ayudan a explicar las diferencias entre ambos, o al menos a ponerlas de relieve.

Los Mnuchin – así es como mi padre transcribió su apellido ruso a su llegada a Nueva York – se habían establecido en Gomel, una pequeña ciudad equidistante en unos mil seiscientos kilómetros de los mares Báltico y Negro, en el mismo centro del asentamiento de Pale* (región occidental fronteriza de la Rusia Imperial, en la que se permitía el asentamiento permanente de judíos). La familia de mi madre, los Sher, vivía en la periferia del sur de Rusia, no lejos de la ciudad costera de Yalta, en la península de Crimea. Para que Moshe Mnuchin hubiese conocido a Marutha Sher en Rusia, el destino (o la providencia) habría tenido que intervenir con extraña firmeza, llevando al joven por barco a lo largo del Dnieper e instándole a recorrer la llanura de Prichepomorsk. Resultó más sencillo que les llevase por separado a Palestina, donde se conocieron, y facilitarles motivos distintos para ir a Nueva York donde además de reencontrarse se casaron. Si fue así, el resultado de dicha providencia no sólo fue afable ya que tras estos viajes estaban los pogromos* (ataques que sufrían los judíos durante el zarismo). Me dieron la vida en el mismo momento en que se privaba de ella a otros tantos amigos judíos.

Mi padre era descendiente de rabinos hasídicos, titulares de un oficio hereditario, que dirigían una especie de tribunal en Lubavitch, cerca de Gomel, una típica pequeña comunidad ruso-judía en la que el prestigio espiritual del rabino también le daba autoridad temporal, lo que le hacía ser por partida doble el centro de una sociedad que crecía hacia dentro, rechazada por la sociedad mayor a la que pertenecía, pero con el suficiente sustento para sobrevivir y el sueño de Jerusalén como futuro. Los hasídicos, cuyo movimiento se origina a finales del siglo XVIII, fueron en su momento rebeldes entre la Gente del Libro, que glorificaban la comunión extática más que la comunidad legal, premiaban la mística entre los alumnos y rechazaban la religión puramente cerebral en favor de las danzas y la música, para mayor gloria de Dios. Un enfoque tan animado sobre la piedad se habría amoldado admirablemente bien a mi padre si no hubiese sido porque la espontaneidad hasídica ya se había institucionalizado en su época, obligándole a rebelarse nuevamente. En 1904, un año antes de las atrocidades antisemíticas de 1905 con el estallido de un pogromo en Gomel, la viuda de Moshe Mnuchin y madre casada en segundas nupcias decidió llevarse a su hijo de once años a Odessa y le embarcó en un barco de vapor, el *Kornilov*, con destino a Palestina, a la casa de sus abuelos paternos. Creció en Zion, nunca volvió a Rusia y aceptó, feliz, que su lengua y recuerdos se desvanecieran. Mantuvo, eso sí, un recuerdo conmovedor: era un niño cuando su padre murió y recordaba cómo correteaba con su triciclo alrededor del cuerpo que yacía en el suelo. Hasta el final de sus días no se perdonó la falta de respeto provocada por su infantil falta de comprensión.

Uno no forma parte impunemente de la tradición ortodoxa. En Jerusalén y bajo la protección de su devoto abuelo, estaba obligado a leer la Biblia, a estudiarla, recitarla y balancearse al ritmo de los rezos durante toda la noche, orando sordo y ciego al mundo que le rodeaba. Vestido con el pesado manto negro, diseñado para climas del norte y utilizado para la angustia de su mente y su cuerpo, dada la temperatura en el Medio Este, con sus tirabuzones y sus pies dentro de toscos zapatos, seguramente parecía el arquetipo del pobre estudiante judío. Sin embargo, su deseo de libertad le fue sacando constantemente del entorno en el que su familia quería que viviera, lo que supuso no

sólo que su mentor se escandalizase sino que además se metiese en problemas. En una ocasión voló una cometa con unos amigos árabes y fue reprendido; tomó una o dos lecciones de violín y afligió el corazón de su abuelo. ¿Cómo podía distraer un judío su mente con esas frivolidades cuando el Templo todavía no había sido reconstruido? De las muchas anécdotas que contó mi padre, hay una de ellas que ha contado en muchas ocasiones, ya que ilustra su disposición a ver el mundo en blanco y negro, reservando ciertas sombras de gris para algunas víctimas anónimas de la sociedad. Trata sobre los dos privilegiados objetos de preocupación bíblica: los ojos y los dientes. Uno de los dientes de la boca de mi padre había crecido siguiendo un extraño ángulo, sobresaliendo lo suficiente como para sentirlo constantemente, y lo que es más doloroso, para ser constantemente visto. Lo que hizo que una pequeña se transformara en gran molestia fue la advertencia de su abuela de que, al ser aquel diente irregular uno de los caninos, sus ojos se le “caerían” si se lo extraía. Como prefería ser feo a ser ciego vivió durante años buscándole las mangas al chaleco hasta que un día, en Jaffa, la placa de un dentista provocó una decisión, sin duda ya tomada en su subconsciente. Al cabo de una hora salió más pobre por culpa de aquel afrentoso diente pero todavía capaz de ver el camino de vuelta a casa. El dentista casualmente era un árabe, a partir de entonces símbolo de la virtud árabe, que de manera involuntaria le suministró un granito más de sustancia de la ya creciente desilusión de mi padre por el sionismo. Sin embargo, creo que lo que le llevó a su definitivo rechazo fue la exasperación que le produjo su limitada ortodoxia religiosa.

Tenía catorce años cuando la muerte de su abuelo y el legado de cien dólares hicieron posible su emancipación. Con la mínima planificación que jamás volviese a mostrar, el joven partió inmediatamente en dirección a los Estados Unidos y llegó a Marsella ante las mismas autoridades americanas, pero de repente le sobrevino la súbita conciencia de no estar en absoluto preparado para tal viaje. Regresó humildemente a Palestina – no sin antes hacer un desvío para visitar París – y se empezó a preparar para un segundo vuelo a la libertad. El aprendizaje duró cuatro años, durante los cuales las matemáticas reemplazaron a las sagradas tradiciones y su escuela en Jerusalén dio paso al Instituto Hertzlia en Tel Aviv. A la edad de dieciocho años recibió una beca en matemáticas de la Universidad de Nueva York y dejó para siempre Palestina en 1912. Por tanto, antes de llegar a la mayoría de edad dos patrias ya habían sido descartadas. La tercera, resultado de su propia decisión, y que en sus sueños se situaba en el polo opuesto de todo aquello que era oscuro y opresivo, nunca fue cuestionada ni por un solo instante.

El importante encuentro de la prehistoria mía y de mis hermanas ya se había producido. Mientras estudiaba en Tel Aviv mi padre conoció a Marutha Sher, recién llegada de Rusia con su madre, y se enamoró de aquella chica orgullosa, bella y aventurera. Ya fuese porque no le declaró su amor o porque su declaración se ahogó en el clamor de una multitud de aspirantes de la misma opinión, el hecho es que aproximadamente un año más tarde Marutha viajó a América sin intención de volverse a encontrar. A pesar de su aparente intrascendencia, aquel primer encuentro en Palestina fue profundamente significativo para nosotros, sus hijos, no sólo como presagio del final del cuento que sería su encuentro y boda en Nueva York, sino porque el simple hecho de que las vidas de mis padres se hubieran cruzado con anterioridad nos ofreció una única posibilidad de visión estereoscópica del pasado. Todos los demás relatos que nos contaron provenían de cada uno de nuestros progenitores de forma separada, sin perspectiva, con los colores insustanciales de la fábula. La historia de nuestra familia no subsiste de anécdotas de tías y primos, sino de figuras emblemáticas de lejanos héroes, santos y mártires firmemente reacios a ser conocidos de cerca. Sólo gracias a la madre de mi madre pudimos tener dos perspectivas, una siempre corroborando la otra, en términos de amor,

respeto y admiración. Generalmente la actitud de mi padre hacia los demás variaba del favoritismo al repudio, sin que hubiese más posibilidad de pausa en una de sus posiciones de compromiso que la que detiene a un péndulo en una media oscilación. Sin embargo, la devoción por su suegra nunca vaciló. La adoptó como si fuese también su antepasado reverenciado. Esta circunstancia, añadida al hecho de que de todos nuestros antepasados fuese la única que jugaba un papel activo en nuestras vidas, me unió mucho a ella. Desgraciadamente nunca la conocí. Murió en Palestina cuando todavía era un niño.

Mis hermanas y yo nunca preguntamos qué le había llevado a separarse de su marido. Baste con decir que el abuelo Sher había abandonado a su mujer y su hija en Crimea y emigrado a América, donde se ganó la vida como un funcionario menor en una sinagoga del Medio Oeste. Mis padres cumplieron con su deber para con él. Fue una última visita a él lo que trajo a mi madre a los Estados Unidos, aunque su matrimonio evitara el regreso. Su vejez fue aliviada por aportaciones del modesto salario de mi padre. Sin embargo, nunca formó parte del panteón familiar. Mi madre nunca más le volvería a visitar ni hablaría con él. Reservó su lealtad exclusivamente a su madre. Fue la única superviviente de siete hermanos, y vivió en Crimea hasta que cumplió los quince años, momento en el que madre e hija se fueron a Jaffa, gracias al empuje del antisemitismo combinado con la atracción gravitacional que ejercía la Tierra Prometida. Al igual que mi padre, mi madre nunca ha vuelto a Rusia, pero a diferencia de él mantiene sus recuerdos, habla su lengua con maestría nativa y honra sus virtudes a través de su propio temperamento. Si mi padre era más judío que ruso, mi madre indudablemente es más rusa que judía, tiene la crueldad rusa de servir a la causa, una naturaleza salvaje ferozmente trabajada y un desdén heroico por los valores reclusos en el ghetto. Cuando mi padre la conoció ya vestía la insignia de la distinción. En el recuerdo de mi padre perduró su “presencia” más allá de sus ojos azules y su pelo rubio como la miel. Absolutamente ecuánime, se mantenía esquiva, no como una judía más sino como si fuese la única descendiente de los “khan” tártaros. Posiblemente los altibajos de la historia hayan mezclado tanto las leyendas familiares de los tártaros y jázaros que sus hechos genealógicos estén aún pendientes de descubrir. Alguna mezcla de estas diversas sangres debía correr por las venas de mi madre. Descendía de los karaites que, parece ser, vivían apartados de los rusos y de los judíos ashkenazim y hablaban tártaro entre ellos. Su ideal, y admirado por mí durante mi infancia, era el guerrero cherkesiano (ó circasiano), el perfecto Galahad del honor, del coraje, del éxito y de la caballeridad, más severo y pintoresco que el devoto caballero cristiano. Mientras que el judío sobrevivía por su astucia, sabiendo bajar la cabeza en los malos tiempos para después volver a mostrar distinción en los buenos, el cherkeso era indiferente a la simple supervivencia y exigía a la vida una afirmación más espléndida. Tuvimos uno de esos héroes en la familia: su abuelo había perdido la vida por defender a un pobre judío al que una multitud intentaba linchar. La mejor confirmación de su propia herencia era, sin embargo, ella misma. A los dieciséis años ya había viajado, sola y en varias ocasiones, a visitar parientes en Kiev, Moscú, Londres, Manchester y los Estados Unidos. Aquellos viajes sin acompañante a través de medio mundo, que no eran frecuentes en la vida de una joven antes de la Primera Guerra Mundial, definieron la magnitud de su espíritu, libre, valiente y autosuficiente, hasta el punto de confundirse con arrogancia. Allí donde iba – el matrimonio y la maternidad prolongarían su viajar – se encontraba en casa, no por adaptación sino porque seguía siendo ella misma. Respeta la tradición y valora a aquellas personas que están a la altura de sus tradiciones y cumple magníficamente con lo que se espera de ella. Se comporta tal y como su madre previamente se había comportado. En todas las casas en las que vivimos, tan pronto como se podía pagar, se

reproducía el harem, con su diván cargado de cojines frente a las ventanas y alfombras orientales. Para recibir a los amigos en casa solía vestirse con pantalones turcos de seda que sujetaba a su estrecha cintura con un cinturón de plata. Guardaba hasta un extremo notable la privacidad del harem para ella y mis hermanas – de hecho fueron contadas las fotografías de prensa de mi madre, incluso en los momentos más públicos de nuestras vidas. Al igual que sus antepasados, daba un mayor protagonismo al hombre que a la mujer, pero no había un componente de dependencia o sumisión en su naturaleza. El deber, la determinación y la autodisciplina reforzaban todo lo que hacía, tal y como sus perfectamente innecesarios corsés reforzaban su esbelta figura. Ni una sola vez he visto a mi madre sin estar perfectamente vestida y ceñida o en actitud de fatiga o lasitud. Siempre que la abrazaba en mis años de infancia, mis brazos rodeaban aquel rígido corsé.

Siguiendo el modelo de buscar las diferencias a sus parecidos, podría decir que mis padres eran sensuales, pero cada uno a su estilo. Mi padre tenía una tendencia a la gula; de hecho, de niño en Jerusalén, sufrió una vez un ataque de apendicitis por comerse, así me lo dijo, ¡catorce raciones de helado de una sentada! Mi madre no sufre de esa tentación a tener que resistirse y de hecho en toda su edad adulta no ha engordado una sola onza. Mientras que la juventud de mi padre se vistió del colorido austero de textos, becas, ambición intelectual y piedad, la de mi madre tenía la intensidad de una cultura más bárbara que admitía el cuerpo y los cinco sentidos, respetaba la destreza de los jinetes, músicos o bailarines al mismo tiempo que la indolencia del pachá recostado en su tienda al final del día. Los placeres sensuales de mi madre están bordados con tejidos suntuosos, cual arma minuciosamente estampada, y sobre todo elaborados con las formas y colores de Oriente, con sus sonidos, olores y artefactos. Estos hechos definen tanto su infancia como un fabuloso país cuyas bellezas no hay país alguno que pueda igualar; me ha legado su apasionado cariño.

Desde mis primeros recuerdos, mi madre representó inmediatamente la garantía de una normalidad familiar con un toque exótico, iluminado con cúpulas y templos de un estilo distinto a lo que hasta entonces había visto, enclavado en paisajes, más poderosos cuanto más desconocidos. La versión censurada de “Las mil y una noches” fue uno de mis primeros libros favoritos; era portador de su testimonio y alimentaba mi pasión por el Este. Y lo mismo sucedió con la música y también con los viajes, primero a Rumanía, luego a Rusia, y finalmente a la India, la fuente primaria, la madre patria de las peculiaridades que hacían sentirme en casa. Por tanto, una de las líneas rectas de mi vida se inició en la infancia de mi madre, si no muchas generaciones antes, y mi búsqueda de su rastro resultó ser un viaje al pasado.

El hecho de nacer americano añadió otro importante elemento al patrón. Si bien una mente ordenada en busca de simetrías podría considerar que esta segunda línea es la que marcó mi futuro, creo – y probablemente no por primera vez – que la insistencia en la simetría, o en el orden, fue un elemento distorsionador de los hechos. De las muchas cosas que América significa para mí, la emoción que genera el futuro no es una de las más importantes. Sin duda alguna, la primera y más duradera es su belleza natural. Mi ciudad natal no fue la que me manifestó esta revelación.

Llegados sucesivamente de Palestina, los dos jóvenes no esperaban encontrarse en Nueva York. La organización de su encuentro se fraguó sin que el destino mediase con una ingeniosa manipulación. Nueva York, a pesar de su tamaño y variedad, estaba compuesta por parches étnicos, de modo que ofrecía a los recién llegados un entorno inmediato aunque superficial. Habría sido más complicado prevenir su encuentro que provocarlo. Es fácil de entender que su amor mutuo madurase rápidamente y modificase

la intención inicial de Marutha de retornar de vuelta a casa con su madre. Al margen del atractivo propio de su juventud y belleza, ambos se aportaban mutuamente el consuelo de lo conocido en un mundo alienígena. Sin una familia que demandase obligaciones y entregase afecto, sin apenas amigos, debían sentirse tan solitarios como si estuviesen en una isla desierta – circunstancia que a los jóvenes y optimistas debería sugerir de un modo más persuasivo el Jardín del Edén que la soledad y el aislamiento. Años más tarde, la broma familiar consistía en descartar cualquier idea de romance en aquel joven matrimonio y cambiarla por un mero asunto contable: dos, después de todo, podían vivir al precio de uno.

Durante más o menos un año vivieron del modo más económico que pudieron en una pensión y encontraron el uno en el otro la única diversión que podían costearse. Su Edén se encontraba, de hecho, en el Bronx Park por donde solían pasear cantando canciones en hebreo, como si fuesen Adán y Eva y su idioma los nombres de todos los depredadores y aves. El final de su autosuficiencia lo marcó el anuncio de mi llegada. Obligados a encontrar un apartamento, buscaron por todo el vecindario y después de muchas desilusiones eligieron uno alejado del parque por apenas un paseo. Mientras les acompañaba a la puerta después de verlo, la dueña les dijo, con toda su intención de agradar a los nuevos inquilinos y mientras cerraba el trato: “y seguro que se alegrarán de saber que no admito judíos”. La historia, al menos en Nueva York, ha podido silenciar aquella voz, aunque entiendo lo amarga que tuvo que sonar en los oídos de mis padres aquella hostilidad, ¡que a pesar de haberles propulsado hasta las orillas del Nuevo Mundo, había podido seguirles hasta allí! Percatada de su error, la propietaria antisemita escuchó su renuncia y pudieron encontrar otro apartamento en el que con el tiempo encontrarían un grupo de amigos, compañeros de estudios y jóvenes, tan pobres y alegres como ellos mismos, creando un feliz refugio contra el prejuicio. Sin embargo, la metedura de pata de la dueña dejó su marca. Una vez que llegaron a la calle mi madre se hizo una promesa: el hijo que estaba esperando proclamaría al mundo entero su raza. Se llamaría “el judío”.

En esas circunstancias Yehudi se podría considerar una elección curiosa. Si el único motivo de mi madre hubiese sido evitar cualquier ambigüedad, me podría haber puesto el nombre de cualquier patriarca (excepto Moisés, claro, ya que la tradición judía prohíbe que el hijo lleve el nombre del padre). Pero ¿cómo iba a traducirlo un inocente gentil del hebreo? En el Antiguo Testamento no figura ningún Yehudi que pueda facilitar su comprensión a un forastero. Era muy profundamente característico de mi madre que tomase impulsivamente decisiones y se atuviese a las mismas y previsible que un insulto a su raza generase como inmediato reflejo una afirmación orgullosa. Creo, sin embargo, que hubo otro elemento en su aparentemente repentina resolución. Los símbolos representaban una lengua muy próxima a mi madre. Un Abraham, un Isaac ó un Jacob forma parte de la historia, ya ha sido engendrado y sucesivamente seguirá engendrando. “El judío” es cualquiera, no evoca un modelo ni continúa una línea. Como espero poder demostrar, mi madre quería por todos los medios que ninguna carga del pasado, incluidas las referencias a relaciones familiares o a la propia tradición judía, resultasen un estorbo para sus hijos. Mi nombre debía ser la primera anotación en una hoja limpia. Lo que sí es cierto es que nací el 22 de Abril de 1916.

Mi madre tenía 20 años y mi padre veintitrés cuando comenzaron a subordinar, desde mi llegada, sus propios intereses a los de sus hijos, un régimen que no terminaría hasta 1938 con mi boda y la de mis hermanas. Mi padre tuvo que abandonar en dos ocasiones su profesión por mi causa – en 1917 cuando abandonó sus estudios universitarios para ganarse la vida dando clases de hebreo, y de nuevo diez años después cuando cambió su educación por la gestión de mis conciertos. No será una pequeña sorpresa si digo que

siento mucho agradecimiento y bastante culpa por el coste que en otros ha tenido mi propia realización, aunque esta reflexión pertenece a la preocupación e incidencia de la retrospectiva adulta. En aquellos momentos no era consciente de que sus vidas estaban condicionadas por la mía. De hecho, soy una de esas privilegiadas personas para las que sus primeros años son en retrospectiva el reflejo de un tiempo de immaculada felicidad. El archivo de mis recuerdos comienza con toda seguridad en San Francisco a donde llegamos poco antes de mi segundo cumpleaños. La impresión del absoluto amor que me tenían mis padres es sin embargo muy anterior, parte de los primeros meses en Nueva York y los posteriores en Nueva Jersey.

En Nueva York, mi madre dio clases de hebreo tanto antes como después de su boda. Mi llegada restringió estas clases aunque no las anuló por completo, pero sí obligó a mi padre a dedicarse a tiempo completo a las mismas, como *melamed*, o tutor, preparando a los chicos para su Bar Mitzvah. Su búsqueda de trabajo nos llevó a Elisabeth, en Nueva Jersey, una ciudad cuyos encantos nunca supo apreciar ya que desde entonces pasó a llamarla, con más pasión que ingenio, “el basurero de Elisabeth”. Esta designación reflejaba el choque de puntos de vista entre mis padres y sus jefes, como bien podría haber adivinado cualquiera que considerase este asunto de un modo imparcial.

Ninguno de mis padres era el típico judío inmigrante en los Estados Unidos. En primer lugar, eran *chalutzim* (pioneros palestinos). No hablaban yiddish entre sí sino que usaban el hebreo como vehículo diario de comunicación humana y no como una lengua sagrada reservada para las Escrituras. Además, del mismo modo que mi madre se había apartado de su herencia tártara, mi padre también lo había hecho de su discipulado de Achad Ha'am, cuyo sionismo ético predicaba en sus clases. Ambos veían el mundo desde su fortaleza asiática, por un lado un pasado ideal, por otro lado un futuro ideal, y siempre desde fuera de la continuidad histórica. Los judíos de Elisabeth, por el contrario, seguían viviendo más o menos en Polonia. Si se exceptuaba aquel horizonte industrial de yardas de fletes y refinerías de petróleo, un inmigrante podía ser trasladado del Pale a South Court Street y continuar siendo tan poco instruido, lo que explicaría lo intacto que se mantenía su antiguo modo de vida en el nuevo entorno. El resultado era un cierto polvillo ritual en el aire. Aunque se quejaban, sus hijos eran llevados a la fuerza al *Talmud Torah* donde recitaban los capítulos de los Profetas y del Pentateuco, mientras que sus profesores, defensores de la opinión de que cuanto más muerta estuviese la lengua tanto mejor, les prohibían mostrar un interés vivaz en la experiencia. En este enmarañado estado de asuntos mis padres brotaron con el perturbador efecto de unas escobas nuevas.

Sé gracias a un querido amigo, Samuel Marantz, quien entonces tenía doce años y atendía a los últimos meses de su formación religiosa, que su presencia sorprendió a todos. Mi atractivo padre y mi encantadora madre (con su escandaloso corte a lo garçon) eran tan jóvenes, honrados, libres y seguros de sí mismos que hacían vacilar a los ancianos y les llevaba incluso a pensar que aquellos judíos no hacían de los gentiles personas innecesarias. Mientras los adultos andaban a la busca de la *gravitas* (sustancia), que no encontraban, los niños disfrutaban buscando la improvisación, el mesianismo y la energía de la juventud. No regresaban del *Talmud Torah* con tristeza sino radiantes de entusiasmo. Los niños comparten con los sacerdotes la necesidad de una lengua oculta, a sabiendas de que el ocultismo refuerza el poder, un poder que envidian en manos de sus mayores y codician. El hebreo, que estaba preservado al rabinato (y por derivación a sus padres), ahora se les ofrecía a ellos, como si fuese fuego robado del templo. Y se les mostraba por cierto como algo incendiario en vez de sacerdotal, como una fuerza de destrucción y creación en vez de una luz más allá de la tumba. Si Sammy Marantz recordaba cincuenta años después el poema de Bialik sobre

el pogrom de Kishinev, “la ciudad de la masacre”, en el que reprochaba a los judíos su mansedumbre, es porque aquella historia, tal y como la había enseñado mi padre, tuvo que resultar marcial y apocalíptica, calculada para reclutar pioneros en vez de feligreses. Del mismo modo que Nicolás de Colonia pudo organizar a los chicos para la Cruzada de los Niños, él tuvo que haberles arengado la visión de una Jerusalén en espera de ser capturada por los jóvenes. El que aquel Nicolás llegase a ser el legendario flautista de Hamelín y Jerusalén Venusberg simplemente sirve para subrayar este paralelismo: mi padre preparaba a sus pupilos para el rito del paso de un modo muy diferente en espíritu al de la confirmación oficial. Mientras que ésta celebra la pubertad e inicia al joven en la tribu adulta, él les instaba a unirse a una tribu sin ancianos, ya que más allá del Bar Mitzvah no se encuentra la adaptación sino la renovación extática, no se encuentra el mundo monótono que les rodeaba sino un mundo de sentimientos exquisitos y proezas valerosas. Poco después de nosotros llegó a Elisabeth el texto de la Declaración de Balfour, lo que a los ojos de sus pupilos hizo que mi padre apareciera como un emisario profético. Sammy Marantz escribió un poema cuyo título “¡Por fin!, ¡por fin!” sugiere que dos meses bajo la tutela de Menuhin pudieron generar milenios de anhelo en un chico de doce años.

Mis padres nunca dudaron de que allí donde se encontraran siempre estarían en un lugar seguro. Tal convicción tiene un enorme poder de atracción pero dudo que sólo fuese esto lo que les hacía encantadores a los chicos. Mi madre en concreto no podía ver a un joven sin que sintiese ganas de unirlo a la familia, una necesidad que nunca ha dejado de tener y que ha transmitido a mi hermana Hephzibah. Sammy Marantz fue, eso creo, el primero en advertirlo, lo que supuso que ella le considerara un miembro adoptado de la familia. En las tardes de los inviernos níveos cargaba su trineo con leña y tomates verdes encurtidos que extraía de las barricas de su familia, como si fuesen regalos para Tu B’Av, y lo deslizaba hasta nuestra casa en Julia Street. Era un intercambio simbólico: él traía leña y dulces y recibía el calor y el forraje espiritual que sólo mis padres eran capaces de proveerle. Unos seis años después Sammy aparecería de repente en nuestra casa de San Francisco nada más matricularse en Berkeley. Apenas entró en casa se sentó a mi lado y leímos juntos *Ivanhoe*. Todavía un par de años después solía volver a nuestra casa, mientras nosotros estábamos abandonados y temporalmente sin padre en Nueva York, para iluminar la tristeza del destierro. Vista su devoción juvenil es fácil evaluar el impacto que mis padres tuvieron en los niños de Elisabeth – por lo contado y por lo que además pasaría cuando mis padres dejaron repentinamente la ciudad.

La noticia del rabino supuso el desasosiego de los niños y su consiguiente desaprobación. No era un hombre cruel, como es fácil de adivinar, sin embargo, siendo la culpa, el exilio y la lamentación sus características distintivas, no podía apoyar y estar al servicio de una empresa tan generosamente encaminada a la bancarrota. Defendía su universo cerrado contrario a los intentos de mis padres de dejar entrar la luz y el aire. El arma de mis padres era su fogosidad, la suya la burocracia, y antes de que se pudiera provocar la batalla, un artículo del periódico sobre California llamó la atención de mi padre, que creció tanto como para convertirse en el transcurso de la mañana en una visión. Nuestro futuro estaba decidido. Los preparativos para partir apenas llevaron más tiempo.

En la clase del Talmud Torah se escenificó toda una revuelta tan pronto supieron de nuestra marcha, y con el mismo instinto que lleva a los insurgentes adultos a ocupar el Archivo Nacional y el Registro Civil, confiscaron todos los expedientes escolares. El rabino ingenuamente les ofreció bolsas de caramelos y, ya que no aceptaron el soborno para someterse, acabó echándoles de la escuela. Mis padres habían legado el sentido de

lo mesiánico, pero no habían dejado doctrina ni preparado su sucesión apostólica entre su grupo de seguidores de doce años. Cual creyente sin el apoyo tangible para su fe, caminarían sin rumbo hasta sus casas e imagino que con el tiempo se terminarían integrando sin consuelo.

Mientras tanto nosotros habíamos llegado a la Grand Central Station y nos percatamos que el viaje más barato, un parcheado de continuos cambios de trenes locales, costaba quince dólares más de lo que habíamos podido reunir. “No se preocupen”, nos dijo un generoso vendedor de billetes, apenado de nuestra fracasada esperanza. “Yo pondré el dinero que falta”. Fue por tanto mi primer mecenas, a cuya memoria y cuyo buen corazón americano honro: ¿podríamos encontrar hoy alguien parecido? Una semana después llegaríamos a California.

Yo tenía cuatro años cuando nació Hephzibah y cinco años y medio cuando el nacimiento de Yaltah completó la familia. Recomiendo sin reserva alguna el hecho de tener hermanas, especialmente unas tan cariñosas y admirables (un hermano quizás habría desafiado mi posición). También creo que no sólo me enriqueció el amor de mis hermanas sino también el amor indiviso de mis padres durante aquellos primeros cuatro años. Echando la vista atrás, tengo la impresión de que Aba (padre en hebreo), Imma (madre en hebreo) y yo nunca nos habíamos separado. Y hay algo de verdad en ese recuerdo ya que durante el interludio en Elisabeth mis padres por lo visto me llevaban al *Talmud Torah* en una gran cuna-cesta y me tenían así bajo su control mientras daban las clases, aunque es obvio que los motivos profesionales de Aba me tuvieron que privar de él en muchas ocasiones. Sin embargo, es tan fuerte mi sensación de seguridad y felicidad que he podido sumergir completamente sus ausencias. Una de las imágenes que mejor resume aquellos primeros días en California es una en la que voy en los hombros de Aba, Imma camina a nuestro lado, los tres estamos juntos y no hay nada que podamos desear ni sobre todo nada que podamos temer, y yo estoy comiendo cerezas.

Un telegrama al hermano de Aba, dueño de una granja de pollos cerca de San Francisco, precedió nuestra llegada a California. Éste nos recibió en el apeadero de Oakland, en el que paró el tren. Estuvimos unos pocos días o semanas en su granja pero pronto nos fuimos a Berkeley, dado el carácter de Imma poco amoldable a la dependencia. Después de unos cuantas semanas, o meses, Aba consiguió el puesto de profesor de hebreo en la comunidad judía de San Francisco con un salario de \$150 mensuales y nos mudamos a un apartamento al otro lado de la bahía en el nº 732 de Hayes Street. Allí vivimos hasta que cumplí los seis años. A la familia se habían añadido dos hermanas pequeñas, una que apenas empezaba a andar y la otra aún en la cuna y el modesto apartamento empezaba a descoserse por las costuras; compramos nuestra propia casa.

Si bien mi sensibilidad no se encuentra más a gusto en casa que en una cámara resonante de madera cuyas paredes se curvan en torno al alma, al principio tuvo que conformarse con una tienda de campaña. Los antojos de Imma alcanzaban todas las colinas, costas y vistas despobladas. Alrededor de medio mundo, desde el Mar Negro hasta las orillas del Pacífico, había seguido un itinerario de aristas hasta que encontró en la vertiginosa San Francisco, toda ella rodeada de mar, los motivos suficientes como para hacer un descanso. En cualquier caso su necesidad de aire y libertad no se satisfacían con meras vistas desde las ventanas aunque éstas fuesen nobles, o simples excursiones aunque éstas fuesen desafiantes, y sucedió que justo cuando nos acabábamos de mudar a Hayes Street ya nos estábamos mudando otra vez (es una forma de hablar). Contiguo a las ventanas había un tejado liso en el que se instaló un toldo y allí es donde dormíamos cuando el tiempo lo permitía. Pasados cuatro años, cuando

compramos la casa de Steiner Street, los preparativos para huir de la reclusión eran menos provisionales. Se construyó un soportal o un pequeño bungalow en el jardín, algo separado de la casa, que consistía en un armazón de madera, suelo, techo y paredes hasta la altura de la cintura, sobre las que estaban situados unos biombos de malla. Por dentro, la estructura estaba dividida en dos mitades, una mitad para mis padres y la otra mitad dividida a su vez en una habitación más grande para Hephzibah y Yaltah y otra más pequeña para mí. El proyecto tenía su sentido. Se habían conseguido nuevas habitaciones y se había liberado un piso entero para huéspedes. La decisión, sin embargo, no fue tomada por motivos económicos. Acampar bajo el tejado o en el jardín, lo más cerca posible del cielo, era el modo de actuar cherkeso. Sin duda nosotros seguíamos su modelo más saludable. Uno de mis recuerdos más lúcidos de mi infancia es el de la gélida emoción de las frías sábanas en las noches brumosas seguido de la placentera sensación de dejarse llevar hasta dormir, al tiempo que se iba calentando la cama. Nos levantábamos y nos acostábamos con el sol.

Los jesuitas fueron de los primeros educadores en pensar que el niño se formaba o deformaba a los ocho años. En mi vida aquella edad realmente determinó lo que estaría por venir, aunque me gustaría argumentar que la asignación temporal de los jesuitas era muy generosa. A medida que fui saliendo del acogedor capullo infantil, en el marco de una familia afectiva, pude descubrir el embrujo de los sonidos naturales. No debía tener más de dos o tres años cuando percibí por primera vez la naturaleza en la forma del cacareo de un gallo. Bastó con un ave casera para conseguir que mi vida haya siempre mantenido el interés por la creación no humana, la agricultura, la conservación y la ecología. Su voz todavía suena dentro de mí con la misma exuberancia de vida a la que ya respondí hace tantos años. Aunque ciertamente habría oído a los gallos durante el breve periodo que pasamos con mi tío, mi memoria no los fijó allí sino en otra granja en Walnut Creek, que pertenecía a otra familia ruso-judía, los Kevin. El Sr. Kevin, un hombre alto con pelo y barba pelirrojos, tenía una mujer dócil y pequeña y dos hijas, amigas especiales mías que se llamaban Ida y Zina, con las que construía casas con cajas de madera en las que nos escondíamos.

Otro de mis primeros recuerdos es el de enamorare. Desde muy pequeño ya sentía mucho afecto por las niñas, estaba siempre enamorado de alguna, inventado romances y viviendo gracias a su presencia, sin que se lo contase a nadie. La primera de esta procesión de niñas fue Lili a la que conocí cuando vivíamos en Berkeley. Creo que era demasiado joven para disimular mi pasión y mis padres cínicamente supieron sacar de algún modo provecho de aquella situación para asegurarse mi buen comportamiento. Me reprendían diciendo “Lili ya está durmiendo” con la esperanza de que siguiera su mismo camino, y una vez asumida la situación, me resignara a la llegada del final del día, cantando nanas dedicadas a mi amor. “Lili alcha lichon” – “Lili se ha ido a dormir”. En aquellos días el hebreo era todavía la lengua que se hablaba en casa. Reuben Rinder, un amigo de San Francisco, cantante en el templo, durante una visita oyó casualmente uno de aquellos cantos de cuna y lo consideró una clara evidencia de mi talento musical. Pasados un par de años animó a Aba e Imma a que se tomaran en serio mis ambiciones. Estoy convencido de que la palabra de un cantante profesional tuvo su peso.

Mis padres eran lingüistas, Imma en particular, y ambos ya hablaban inglés antes de llegar a los Estados Unidos. No obstante, no me empezaron a hablar en inglés hasta que cumplí los tres años; la unidad familiar se expresaba en una lengua familiar. Sólo me arrepiento de que el inglés entrara a formar parte de mi vida antes de que haber tenido la oportunidad de dominar la lectura y la escritura en hebreo. Siento todavía su sonido en mis oídos; incluso he llegado a hablar por radio en hebreo, pero condicionado a un guión escrito en alfabeto fonético y debidamente punteado. Aquella temprana fluidez se

ha perdido y las palabras que recuerdo se agrupan en torno a los intereses fisiológicos de un niño de tres años, como “*regel*” que es pierna o “*beten*” que es estómago, que utilizaría probablemente asociadas a dolores y cardenales así como a excusas para llamar la atención. Después del cambio al inglés, el hebreo siguió siendo un código casero para hacer esto o aquello, para estarse callado o vigilar los modales, instrucciones que la gente de fuera no debía entender. Ninguna de mis hermanas tuvo mis oportunidades en hebreo, sin embargo, en nuestro posterior empeño por los idiomas – que llegaron a ser unos cuantos – los tres siempre fuimos juntos del brazo. De hecho, ellas llegarían incluso más lejos que yo.

A pesar de que ninguno de nuestros padres nos habló en yiddish, ambos lo entendían y Aba también lo hablaba con fluidez. En mi infancia, acostado en la cama a mi lado, en aquella partición de la casa del jardín de Steiner Street, le recuerdo leyendo a mi madre las obras de Sholom Aleichem que le provocaban a menudo una explosión de risa. Aquellos fueron momentos muy felices para todos nosotros. Ellos significaban para mí, despierto en la oscuridad, la sensación de plena armonía del núcleo familiar. No quiero decir que la disonancia fuese la regla imperante; todo lo contrario, mis padres dependían tanto el uno del otro y tenían tan bien establecidas sus diferentes funciones – mi padre responsable de todo lo relacionado con el sustento o naturaleza empírica, mi madre del mantenimiento de la casa y de la moral y educación de los hijos – que no daban pie a la desavenencia. Sholom Aleichem, con todo, les proporcionaba la ocasión de dejar sus firmes propósitos y caer en la despreocupación. El concepto de Imma de la existencia era tan elevado que parecía que estuviese viviendo el guión ideal, transmitido por sus antepasados y apuntalado a un nivel sublime por su propia autodisciplina. Utilizo a propósito esta imagen, ya que nos impresionan aquellos que nunca se rinden al dolor o la pereza porque parecen disponer de un poder superior al suyo, tal y como sucede con los actores. Y a pesar de que el actor sí deje volar la ilusión en sus alas, Imma nunca lo permitió. Tan alejadas de la ilusión estaban sus convicciones que penetraban hasta lo más profundo de su carácter.

Le gustaba ver las cosas como unidades en su conjunto. Una excursión no era sólo una excursión, porque incluía, además de los físicos, aspectos morales y espirituales. Las vacaciones llevaban asociada una cuota de estudio; la diversión formaba parte de las conciencias de la gente que no era tan privilegiada. Ella nos relataba un pequeño drama de su propia infancia: le habían entregado un vestido nuevo para una fiesta y se encontraba en un estado de máxima emoción cuando su madre le dijo “mira, sé que te encanta tu nuevo vestido, pero hay muchos niños que no tienen ropa bonita. ¿No serías más feliz si fueses a la fiesta con tu viejo vestido y regalases éste? De aquellos primeros años recuerdo un suceso quizás menos severo en su exigencia pero con las mismas implicaciones. Fue la primera excursión a solas con mi madre, una ocasión inolvidable aunque no fuese por otro motivo que, a pesar de ser un niño de tres años, por sentir el hidalgo orgullo de haberme confiado la responsabilidad de acompañarla. Lo recuerdo en segundo lugar, porque fuimos al condado de Napa, una preciosa zona agrícola de California, y por último, que no menos importante, porque nuestro viaje tenía un sentido moral ya que el propósito del mismo era visitar a un paciente en un hospital psiquiátrico. Apenas tengo recuerdos de la excursión salvo una institución con grandes portones y una idea muy general del triste caso de este pobre hombre, y sin embargo, en mí arraigó la lección de que el placer lleva implícito una deuda a pagar. Como ya he dicho, ella se identificaba con toda clase de prisioneros y especialmente con los “visionarios” para los que el mundo real se situaba en otra parte. En Jaffa había ido durante una temporada a una escuela dirigida por monjas y conservaba su respeto por aquellos que renuncian a todo para servir a los demás (por el contrario se mostraba

dubitativa con los sacerdotes, rabinos o cualquiera que hiciese de lo piadoso una profesión). Su propia vida era de renuncia, obviamente, basada en sacrificios de activos más valiosos que los vestidos de fiesta, tales como la libertad y el cumplimiento.

Recuerdo que, todavía viviendo en Hayes Street y ya con la suficiente edad para darme cuenta de que mi padre se iba diariamente a trabajar, se me antojó un molino de viento holandés que vi en el escaparate de una tienda de juguetes. Nuestro habitual paseo de la mañana nos hacía pasar por delante de la tienda de juguetes de camino al parque de la vecindad. Aquella rutina, lejos de hacer desaparecer mi antojo, reforzó aún más mi interés por el molino de viento. Imma volvió en esta ocasión a unir la recompensa a la finalidad: el juguete sería mío en cuanto que consiguiese pronunciar una “r” sin que su pronunciación resultase dificultosa. Sabía exactamente cómo debía sonar la “r” pero mi miserable lengua no era lo suficientemente ágil para manejarse por sí misma con aquella imposible consonante, sin duda alguna inventada para una anatomía distinta de la mía. Practiqué denodadamente, día y noche, en las esquinas, y fue entonces cuando se hizo evidente la ventaja de dormir en una tienda de campaña apartada de la casa. Con mis hermanitas en la cama ya dormidas y mis padres aún despiertos durante todavía unas pocas horas, yo tenía la libertad de concentrarme en mi objetivo. Y una noche, cuando Aba e Imma ya se habían ido a la cama, supe que lo había logrado. ¿Qué hacer? Si les despertaba en plena noche seguro que no se alegrarían, si esperaba hasta la mañana siguiente mi lengua quizás perdería su destreza. Con mi cabeza tapada por las almohadas, seguí ensayando a hurtadillas a pequeños intervalos durante toda la noche, y cuando empezaba a amanecer desperté a toda la familia con un soberbio “¡rrrrr!”. Y recibí mi molino de viento (dudo que este acontecimiento tenga un profundo trasfondo, aún así es cierto que transcurrido más de medio siglo, he vuelto a renovar mi interés por los molinos de viento, a los que defiendo, para todo aquel que me quiera escuchar, como generadores eléctricos conservacionistas).

No obstante aún no he hecho justicia con mi madre. Si, por un lado, daba forma a la existencia, gracias a la sublime idea que tenía de ella, por otro lado también tenía el talento natural de la sorpresa encantadora. Estoy seguro de que utilizaba el vínculo del deber tanto para tener bajo control su propio temperamento como para definir las directrices del desarrollo de sus hijos. No hay duda de que tenía un espíritu salvaje capaz de una erupción devastadora, pero sabía controlarlo tan perfectamente que sólo se podía llegar a vislumbrar su reflejo o captar su eco. Sólo daba rienda suelta al lado imprevisible y espontáneo de su naturaleza en los asuntos de disfrute, como comidas campestres, vacaciones e interrupciones de la agenda; y entonces daba rienda suelta total. No podía – y todavía no puede – soportar que el deleite de la existencia fuese arruinado por la prudencia. La tendencia de Aba sí era la de prever las contingencias y prepararse para enfrentarlas. En el curso ordinario de los acontecimientos, se aceptaba y se ponía en práctica esta tendencia, pero cuando las previsiones de Aba afectaban al ocio, Imma decía, a medio camino entre la advertencia y la ironía “¡Moshe!, pl-pl-pl-planes” y los horarios se lanzaban al viento en defensa de la causa de la aventura.

Aquellas vacaciones, en las que la rutina daba paso a una deliciosa incertidumbre, se convirtieron en un rasgo de mi infancia y juventud. Naturalmente, en la época en que mis hermanas eran todavía muy niñas y la familia se tenía que limitar al transporte público, empresas tan atrevidas estaban fuera de nuestro alcance, aunque no puedo recordar una sola excursión de placer que no alegrase nuestra semana, del mismo modo que lo hacían los estallidos de sol. Disfrutábamos de los picnics de domingo, un pasatiempo muy propio entonces en San Francisco. Visitábamos a los rurales Kevin y a los Kayes, una próspera familia de comerciantes de Berkeley. A cambio, mis padres

hacían fiestas en casa, en las que ya había música, antes incluso de que mi memoria consciente grabase el hecho.

En 1918, a los dos años, mis padres me colaron en la función de tarde de un concierto de la Orquesta Sinfónica de San Francisco y dado que no se produjo ningún contratiempo que desaconsejase su repetición, continuaron regularmente aquella actividad contrabandista hasta que alcancé la edad mínima de la entrada. Años más tarde Imma explicaría que ella y Aba me llevaban porque no podían pagar una canguro. Sin duda, una canguro era todo un lujo en sus jóvenes y combativas vidas, pero a pesar de esto, tengo mis dudas de la veracidad de su comentario. Era característico de ella perforar el mito con una diestra inyección de hechos ciertos. Y no era menos característico que afirmase que cuanto antes se viviese una experiencia, más valiosa resultaría. Durante el embarazo de mis hermanas recuerdo que estaba convencida de que la vida que llevase, la música que escuchase y los pensamientos que tuviese serían una parte y una parcela del entorno del futuro recién nacido, hoy en día un tema para la tesis de un médico erudito, entonces una simple verdad para ella. Debía de tener una convicción tan absoluta que me hicieron partícipe con ella y Aba de todo aquello que les deleitaba, siempre y cuando no me resultase contraproducente. Desde la perspectiva de mi futura conexión con los conciertos, sería justo argumentar que más bien fui yo quien les llevaba. Aún así, mi interpretación de los hechos, enmascarada por el alto coste de una canguro, se basa en la felicidad de aquellos primeros años de mi vida. Tengo un recuerdo tan seguro de ser el ojito derecho de mis padres que dudo mucho de que pudiesen admitir la posibilidad de irse a un concierto y dejarme tirado. Íbamos a los conciertos, como hacíamos tantas otras cosas, juntos.

A pesar de que no recuerdo aquel primer concierto, sí que permanece conmigo el poderoso recuerdo de esa repetida experiencia. Sentado en el regazo de Imma en el gallinero, estoy examinando un penumbroso acantilado, como si mirase por la parte contraria de un catalejo, y al final del mismo distingo a los músicos de miniatura en un estanque de luz, concentrados y emitiendo sonidos que me raptan el alma y el sentido.

Este secuestro se lo debo a un ponderoso edificio llamado Curran Theatre, que es donde entonces tocaba la orquesta. Y por si eso no fuese suficiente, tengo todavía otra deuda con el Curran, ya que abasteció de todavía más sustento a mi imaginación estimulada por la música. La *Pantages Vaudeville Company* venía todos los años a San Francisco, y cada vez que lo hacía, quedaba maravillado por sus acróbatas, payasos, prestidigitadores y bailarines, y fascinado por aquel primer solista de violín que me marcó, un colega moreno llamado Carichiarto, que tenía un espacio habitual en el programa y tocaba deliciosamente. Sabiendo que de alguna forma mi vida no había comenzado ni terminaría en San Francisco, intuyendo el exótico Este de mi madre y sintiéndome atraído por las grandes distancias, me comprometí a conferir una realidad a este mundo mágico y, cuando llegase el momento, a encontrar un teatro para mi propio violín, ya que aquel cofre parecía ser suficientemente espacioso para contener malabaristas, bailarines, una hora tártara, gitanos, zocos, caravansares, houris; de hecho contenía todo el paraíso. Sin embargo la experiencia individual del teatro que más profundamente me marcó fue la actuación de Anna Pavlova. Pude verla bailar dos veces y recuerdo que me quedé absolutamente entusiasmado. No menos extasiante fue la mera visión de su equipaje. Una mañana en Geary Street, en la entrada principal al teatro, nos topamos con seis o siete enormes baúles guardarropas que sin duda portaban sus vestidos y *corps de ballet* a la espera de ser recogidos a la conclusión de su estancia para una única noche. Aquella imagen del artista viajante me afectó tan profundamente que aún lo recuerdo con el centelleo de mi emoción infantil. En el escenario, incluyó en su programa “The California Poppy”, una danza que conmemoraba mi flor favorita,

aquella que tanto extrañaba en mis años lejos de California ya que la amapola de California sólo florece en mi estado natal, en todos sus rincones y durante toda la primavera. Delicada, de color naranja, de dulce olor, la amapola de California tiene una muy conmovedora y peculiar forma de cerrarse en sí misma a medida que languidece; así finalizaba la danza de Pavlova.

Perdí mi corazón por ella. Traicionando a Lili y sus sucesoras, soñé sólo con Pavlova durante muchos, muchos meses, y a pesar de no volverla a ver bailar una tercera vez ni haberla vuelto a encontrar, aquel sueño perduró. Sembrada en la sensibilidad que modeló mi madre, la semilla que plantó Pavlova, un concepto de belleza y gracia perfeccionado por la disciplina de la danza, terminaría floreciendo en mi vida adulta en mi esposa, Diana.